

“Camino”: el molde epistolar al servicio de la literatura religiosa

María Caballero Wangüemert
Universidad de Sevilla

En el marco del congreso que nos reúne, es mi deseo rescatar algunos textos del Fundador, para establecer con ellos un diálogo desde el punto de vista literario¹. Y así dejar patente la novedad, la originalidad con que se vierte un mensaje «viejo como el Evangelio y como el Evangelio nuevo» —como gustaba de decir el fundador del Opus Dei—. Un mensaje que pervive hoy con la frescura del primer día. Para ello, y dada la imposibilidad de abarcar en unas breves páginas la amplitud de los escritos del Beato Escrivá de Balaguer, me ceñiré a *Camino* (1939)², un texto revolucionario que ha llegado a ser un clásico de la espiritualidad contemporánea.

Este libro, decididamente espiritual pero de contenido muy innovador — como ha sido ampliamente subrayado—, innovaba también en la forma alejada por completo de la retórica religiosa al uso. Eso fue captado inmediatamente. Álvaro del Portillo sintetizó en varias entrevistas la novedad del empleo de ese lenguaje coloquial y directo «una palabra al corazón del hombre», que responde no a moldes artificiosos y calculados, sino a la vida misma ya que el libro es autobiográfico. Y relató el proceso según el cual las notas personales «tomadas en las octavillas en blanco, con el fin de anotar en el acto las inspiraciones que recibía de Dios, o también las ideas que le venían a la mente o el corazón, para alimentar

¹ No son demasiados los trabajos en ese sentido. Debería rescatarse el artículo de J.M. IBÁÑEZ-LANGLOIS: “Josemaría Escrivá de Balaguer como escritor”, en «Palabra», n. 12 (1992), pp. 280-283.

² La edición que se utilizará en este trabajo es la 68ª: Rialp, Madrid 1998. Citaré en el texto siguiendo la numeración en puntos del autor.

su vida interior, o para organizar la Obra que Dios le pedía»³, se transcribían en sus *Apuntes íntimos* a los que denominará familiarmente *catalinas* en honor de Santa Catalina de Siena a quien veneraba por su amor a la verdad. Muchos de ellos, con ligeros cambios redaccionales que permiten aplicarlos a un buen número de seres humanos, pasan íntegramente a *Camino*. Y otros se reelaboran siguiendo unas pautas que han sido estudiadas⁴, si bien habrá que esperar a la edición crítica de *Camino* para constatarlo.

Es decir: *Camino* no es un libro prefabricado o pensado como tal, un conjunto de aforismos o código para enseñar a ser cristiano, sino el «reflejo de una experiencia espiritual singular y personalísima (que) se ha convertido desde el principio en pauta de vida cristiana»⁵. Experiencia personal y compartida con la gente joven —y no tan joven— que poco a poco va rodeando a Don Josemaría, por lo que se ha dicho que podría reconstruirse la historia concreta de cada punto del libro, en su mayoría gestado en el marco de la calle, es decir, en el ámbito de ese espíritu secular del cristiano de a pie⁶. Esos encuentros apostólicos que están en la base de su creación tienen mucho que ver con el coloquialismo formal del texto, esas “formas explicativas breves” que apelan a un lector siempre presente⁷ y que constituyen toda una revolución formal responsable de la indudable fuerza del texto y en la que, desde mi punto de vista, no se ha insistido suficientemente.

1. “CAMINO”: EL MOLDE EPISTOLAR AL SERVICIO DE LA LITERATURA RELIGIOSA

«Que tu vida no sea una vida estéril. —Sé útil. —Deja
poso. —Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor.

Borra con tu vida de apóstol, la señal viscosa y sucia que
dejaron los sembradores impuros del odio. —Y enciende

³ A. DEL PORTILLO, “Significado teológico-espiritual de Camino”, en *Estudios sobre “Camino”*. Coord. José Morales. Rialp, Madrid 1989², p. 46.

⁴ Cfr. J.L. ILLANES, “Iglesia en el mundo: la secularidad de los miembros del Opus Dei”, en *El Opus Dei en la Iglesia. Introducción eclesiológica a la vida y el apostolado del Opus Dei*, Madrid 1993, especialmente las páginas 216, 221, 243, y 249.

⁵ J. MORALES, Introducción a *Estudios sobre “Camino”*, cit., p. 15.

⁶ Cfr. J.M^a CASCIARO, “La santificación del cristiano en medio del mundo”, en *Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, cit., pp. 109-171 donde, al hilo de su propia historia a partir del encuentro con el Fundador, va tejiendo puntos de Camino que surgieron de esa vida cotidiana con los jóvenes que le rodeaban.

⁷ Cfr. R. ALVIRA, “El trabajo en Camino”, en *Estudios sobre “Camino”*, cit., pp. 257 y ss.

todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón» (n. 1).

Este primer punto de *Camino* es todo un programa de vida y responde a las palabras del autor en su prólogo: se trata de “consejos”, «cosas dichas al oído», «en confianza de amigo, de hermano, de padre»... Pero su fascinante contenido, capaz de remover e impulsar toda una existencia humana, está plasmado en una forma radicalmente nueva en el contexto de la literatura religiosa de la época: es directa, dialógica. En efecto, un *yo* implícito se dirige abiertamente a un *tú*, con el que se presupone un diálogo; y los guiones que signan este punto como tantos otros del libro, confirman al lector en esta idea. Son los guiones propios de los diálogos en las novelas, igualmente preceptivos en los textos de las obras dramáticas.

Ese *tú* directamente apelado está siempre ahí, en un diálogo implícito con el autor; de forma que muchos de estos puntos responden a preguntas previas que el lector puede imaginar sin problemas, o que el texto recoge de forma explícita. Históricamente y por los testimonios en torno a la gestación de la obra, sabemos que responden a un diálogo real o a una relación epistolar. En realidad da lo mismo. Al lector actual le llegan esas respuestas por escrito, como fragmentos de cartas que podrían representar un nuevo género, una especie de *género epistolar voluntariamente sintético*, cuya fuerza expresiva y capacidad de sugerencia dependen en gran medida de la facilidad del autor para trascender la anécdota e ir al mensaje que es universal y eterno, como los grandes problemas del ser humano. Desaparece así la paja y se mantiene la fuerza expresiva de lo epistolar. Para explicar este proceso los filósofos hablan del *universal concreto*...

Un segundo aspecto novedoso a tener en cuenta es el foco, el punto en el que se sitúa el *yo* que habla. Tradicionalmente el escritor religioso adoptaba un tono distante, superior: era el puente hacia la divinidad. Aquí, por el contrario, el hablante es el amigo, el hermano que va desbrozando el camino para facilitárselo al *tú*, en una experiencia siempre compartida y siempre a su nivel. Nada más lejano del tono didácticamente superior de ciertos textos que, llevados de la mejor intención, establecían no obstante una distancia insalvable entre el discípulo y el maestro.

Todo esto tiene mucho que ver con lo autobiográfico que, junto a lo epistolar, constituyen los dos ingredientes o ejes básicos de *Camino*. Las autobiografías clásicas siempre se caracterizaron por la ejemplaridad: ahí están las *Vidas paralelas* de Plutarco para certificarlo. O las *Confesiones* de San Agustín, que son una proclama de la gloria de Dios y narran su vida arrepentida, marcada por el encuentro con Él tras constatar la inutilidad de la existencia bajo cualquier otro tipo de presupuesto. Por el contrario, en sus *Confesiones* Rousseau desnuda el

alma sin pudor alguno y con desgarrado sentimentalismo, con un propósito: crear una figura para la posteridad a base de exhibir cínicamente el mal. Los textos citados, tan diversos entre sí, coinciden no obstante en contar una vida anclada en el tiempo que ya se fue. Muy otro es el propósito de los retazos autobiográficos que se desprenden de *Camino*: el autor revive experiencias y situaciones extrañándolas del tiempo, con la pretensión de construir junto al lector, de hacer camino —y no hace falta ser demasiado perspicaz para captar la metáfora—, desbrozando juntos la, en ocasiones, enmarañada selva que separa al caminante de la verdad. Y tanto el camino como la Verdad son Cristo, como se recoge en un punto nuclear:

«Al regalarte aquella Historia de Jesús, puse como dedicatoria: “*Que busques a Cristo: Que encuentres a Cristo: Que ames a Cristo.*”

—Son tres etapas clarísimas. ¿Has intentado, por lo menos, vivir la primera?» (n. 382).

2. LA RELACIÓN CON EL “TÚ”: DISTINTAS ESTRATEGIAS APELATIVAS

Para simbolizar de forma rotunda su lugar junto al caminante utiliza una y otra vez el sintagma *tu y yo*, en las mismas coordenadas relacionales y al mismo nivel de sentimiento; porque para ambos sirve el programa de vida cristiana que está desvelando el autor. Cito algún ejemplo al respecto:

«¡Con qué humildad y con qué sencillez cuentan los evangelistas hechos que ponen de manifiesto la fe floja y vacilante de los Apóstoles!

—Para que tú y yo no perdamos la esperanza de llegar a tener la fe incommovible y recia que luego tuvieron aquellos primeros» (n. 581)⁸.

Es verdad que ese caminante es un padrazo que va por delante, pero sin prepotencia porque “siente con” el otro. El texto se hace eco de ese sentimiento mediante el uso del pronombre personal *me*, que se tiñe de una intensa connotación afectiva. Veámoslo en un punto:

⁸ Hay muchos puntos con referencias evangélicas, porque apoyarse en el Evangelio para la predicación era habitual en el Fundador del Opus Dei. Cfr. a modo de ejemplo los puntos 89, 96, 296, 385, 416, 469, 491, 511, 904, 906, 907, 930, 978, 987...

«Aprovéchame el tiempo. —No te olvides de la higuera maldecida. Ya hacía algo: echar hojas, como tú...
—No me digas que tienes excusas. —No le valió a la higuera —narra el Evangelista— no ser tiempo de higos, cuando el Señor los fue a buscar en ella.
—Y estéril quedó para siempre» (n. 354)⁹.

En un audaz *in crescendo* y por el mismo procedimiento afectivo que se apoya en un determinado manejo de los pronombres personales, Don Josemaría acerca a su interlocutor al Dios Niño, acortando distancias desde el cariño y la vida de infancia espiritual que hará caer las posibles barreras entre el hombre y Dios:

«Se ha hecho tan pequeño —ya ves: ¡un Niño!— para que te le acerques con confianza» (n. 94).

Pero volvamos a ese *tú* coloquial o epistolar que inunda *Camino*... Prácticamente dos tercios de sus puntos están redactados desde este ángulo; puntos que el lector percibe como fragmentos de cartas llenos de vida, retazos de conversaciones que quedaron plasmados por escrito en servicio propio y ajeno, abiertos a la atemporalidad puesto que los problemas que se ponen sobre el tapete son de carácter e interés universales¹⁰. Cito un fragmento al azar:

«¡Ánimo! Tú... puedes. —¿Ves lo que hizo la gracia de Dios con aquel Pedro dormilón, negador y cobarde..., con aquel Pablo perseguidor, odiador y pertinaz?» (n. 483).

En muchos casos estos puntos de *Camino* son introducidos por sintagmas como “me dices”¹¹, “me preguntas”¹², “me has dicho”¹³, con un esquema que se repite una y otra vez dentro de una fluidez escritural que no cansa al lector, sino que más bien le impulsa a lanzar al vuelo su imaginación para reconstruir la escena que se ha elidido y que, lógicamente, es previa a lo que el texto narra. Recojo un ejemplo paradigmático:

⁹ El mismo procedimiento aparece en los puntos 164, 312

¹⁰ Cfr. los puntos 9, 184, 188, 189, 537, 884, 895, 994, 995...

¹¹ Cfr. los números 77, 274, 316, 529...

¹² Cfr. igualmente los epígrafes 277, 926...

¹³ Muy abundantes, cfr. los puntos 110, 125, 313, 357, 376, 931, 964...

«Me preguntas..., y te contesto: tu perfección está en vivir perfectamente en aquel lugar, oficio y grado en que Dios, por medio de la autoridad, te coloque» (n. 926).

Obviamente la pregunta tiene un sujeto, un tiempo y lugar concretos, pero la respuesta lleva consigo la amplitud suficiente como para que cualquier lector se sienta impelido a hacerla suya, sin importarle la circunstancia inmediata que la generó.

La otra versión es claramente epistolar: «me has escrito» se lee una y otra vez¹⁴ y en algunas ocasiones se copia un fragmento de la carta, para responderla inmediatamente¹⁵. Es la constatación textual de lo que el lector viene intuyendo: que muchos de estos puntos son fragmentos de ese apostolado epistolar tan querido y practicado por el Beato Josemaría, como las múltiples biografías escritas tras su muerte han venido confirmando, o los protagonistas reconocieron con su testimonio. Veamos un caso:

«Otro que sabe de esa *comunicación* de bienes sobrenaturales, me dice: *la carta me ha hecho mucho bien: ¡se conoce que viene impregnada de las oraciones de todos!... y yo necesito mucho que recen por mí*» (n. 547).

En ocasiones, las marcas textuales son dobles, como corresponde al doble vaivén de pregunta y respuesta: “te diré”¹⁶, “te entiendo”¹⁷, “te tranquilizaré”¹⁸, “te escribiré”¹⁹, “me gusta que vivas”²⁰..., “te quiero feliz”²¹, “me has hecho reír”²²... Y es que el *tú* presupone un *yo* que va construyendo por delante una

¹⁴ “Me has escrito: orar es hablar con Dios. Pero ¿de qué? —¿De qué? De Él, de ti: alegrías, tristezas, éxitos y fracasos, ambiciones nobles, preocupaciones diarias..., ¡flaquezas!: y hacimientos de gracias y peticiones: y Amor y desagravio.

En dos palabras: conocerle y conocerte: ¡tratarse!” (n. 91). En el mismo sentido, cfr. los puntos 106, 124, 166, 308, 466, 911, 928, 976...

¹⁵ “Le decías: No te fíes de mí... Yo sí me fío de ti Jesús... Me abandono en tus brazos: allí dejo lo que tengo, ¡mis miserias! —Y me parece buena oración” (n. 113). Es también el caso de los números 168, 547, 977...

¹⁶ Cfr. los números 108, 134...

¹⁷ Cfr. 106...

¹⁸ Cfr. 53...

¹⁹ Cfr. 314...

²⁰ Cfr. 112...

²¹ Cfr. 217...

²² Cfr. 111...

sólida relación con el Señor, cuyos retazos también quedan grabados en el texto. Caben todos los matices, desde la ardua lucha ascética con sus implicaciones cotidianas, hasta el tono místico más subido que le emparenta con sus amados modelos castellanos²³. Es la lucha de un hombre que, en su humildad, se reconoce como instrumento inepto en las manos de Dios y, a pesar de ello, elegido para poner en marcha la Obra:

«Señor: que tenga peso y medida en todo... menos en el Amor» (n. 427).

Por último y para cerrar lo que se refiere al uso de los pronombres en *Camino*, cabe recordar que en muchos puntos aparece la tercera persona, utilizada para las afirmaciones de carácter general²⁴. Esta forma aparentemente impersonal no debe engañar al lector. A través del testimonio de quienes lo trataron muy de cerca, sobre todo Don Álvaro del Portillo, se sabe que el Fundador del Opus Dei vertía su propia vida interior en tercera persona, por recato y humildad, para evitar las posibles alabanzas de quienes lo leyeran. En consecuencia, la gran mayoría de estos puntos son tan personales como aquellos que se plasman en el texto a través del *yo*.

Se ha dicho del libro que tiene un estilo apelativo que lleva al lector a sentirse implicado. Y es verdad. Precisamente porque —como se le advierte en el prólogo— pretende removerle... «para que se alcance algún pensamiento que te hiera: y así mejores tu vida y te metas por caminos de oración y de Amor. Y acabes por ser alma de criterio». Es decir, nunca le engaña, desde el prólogo apela a una respuesta, fruto de ese encuentro único e irreplicable con lo divino. A nivel formal esto deja sus marcas en el texto. Muchos puntos se abren con una *interrogación retórica*, como forma de responder al diálogo o a la pregunta epistolar previa. Ni que decir tiene que a través del cuestionamiento se están desvelando perspectivas inusitadas a cualquier hombre de buena voluntad²⁵. Recojo algunos ejemplos muy sabrosos:

²³ “In te, Domine, speravi: in ti, Señor, esperé. —Y puse, con los medios humanos, mi oración y mi cruz. —Y mi esperanza no fue vana, ni jamás lo será: non confundar in aeternum!”. Cfr. en la misma línea los puntos 130, 423, 430, 957...

²⁴ “Fe, alegría, optimismo.— Pero no la sandez de cerrar los ojos a la realidad” (n. 40). Cfr. múltiples ejemplos en los puntos 54, 56, 66, 69, 74, 81-83, 114, 118, 119, 126-129, 133, 155, 186-187, 192, 281-282, 284-286, 315, 335, 418, 575, 889, 949, 951, 959...

²⁵ Es uno de los recursos más reiterados. Cfr. los puntos 38, 42, 45, 46, 52, 105, 107, 202, 216, 224, 270, 368, 374, 566, 600, 896, 920, 929, 980...

«¿Contemporizar? —Es palabra que sólo se encuentra — ¡hay que contemporizar!— en el léxico de los que no tienen ganas de lucha —comodones, cucos o cobardes—, porque de antemano se saben vencidos» (n. 54).

«¿Por qué no te entregas a Dios, de una vez..., de verdad..., ahora?» (n. 902).

«¿Qué cuál es el secreto de la perseverancia? El Amor. — Enamórate, y no “le” dejarás» (n. 999).

Ese esquema puede aplicarse a otra serie de epígrafes del libro que, partiendo de frases personalizadas, se abren a lo universal. El molde formal se enriquece ahora por la misma pluralidad de la vida. Eso supone que los puntos que claramente contienen dos partes, alternan distintas posibilidades: bien culminan la apreciación sobre la vida del *tú* con una pregunta que inquiete²⁶, o una afirmación universal²⁷:

«Te duelen las faltas de caridad del prójimo para ti. ¿Cuánto dolerán a Dios tus faltas de caridad —de Amor— para Él?» (n. 441).

O bien parten de una afirmación general que, tal vez, podría responder a una pregunta que el texto ha elidido²⁸. Son muy abundantes los textos estructurados así, lo que habla una vez más de la importancia del carácter apelativo como eje escondido de *Camino*. Veamos un punto que conjuga el castellano con el latín, usado por ser el idioma oficial de la Iglesia y desde la perspectiva de universalidad que, andando el tiempo, le permitirá ser un clásico:

«*Omnia possibilia sunt credenti*. —Todo es posible para el que cree. —Son palabras de Cristo.
—¿Qué haces, que no le dices con los apóstoles: *adauge nobis fidem* —¡aumentame la fe!?» (n. 588).

²⁶ Cfr. entre otros los puntos 18, 146, 441, 881...

²⁷ Cfr. asimismo los números 59, 90, 93, 102, 154, 895...

²⁸ Cfr. también los puntos 8, 29, 36, 60, 88, 122, 143, 170, 299...

O, por último utilizan decididamente el *tú* para las dos partes, la interrogación y la afirmación, con lo que el oyente/lector se siente mucho más directamente aludido :

«¿Por qué ese reparo de verte tú mismo y de hacerte ver por tu Director tal como en realidad eres?

Habrás ganado una gran batalla si pierdes el miedo a darte a conocer» (n. 65).

De cualquier forma, las estructuras literarias son lo de menos. Lo que importa es que partiendo de un caso concreto, o de una aparente generalidad fruto de su labor de almas, el autor es capaz de conmover e inquietar lo más auténtico de cada ser humano. Y ponerle en el disparadero de la conversión. Porque de eso se trata.

Y por ello, porque la conversión es personal e intrasferible y porque el libro no está escrito para un único ser humano, progresivamente y conviviendo con el *tú*, aparece el *vosotros*²⁹ —el grupo, los fieles de la incipiente Obra, los cristianos, todos los hombres de buena voluntad—, exactamente igual a como el autor desaparece a veces tras el colectivo *nosotros*, que en este caso tiene el mismo significado³⁰. Es un fenómeno que me ha parecido ver incrementarse en la parte final del libro. El puente viene dado por sintagmas como *tú y tus hermanos*³¹... Es que el grupito que aprende a vivir ese mensaje vocacional de «santificar el trabajo, santificarse en el trabajo y santificar con el trabajo»³²... va cuajando alrededor del que empiezan a llamar Padre. Pero, además, la Iglesia es comunidad y es lógico entonces que el *tú* se abra al *vosotros*.

²⁹ “Nunca seáis hombres o mujeres de acción larga y oración corta” (n. 937). Cfr. también los epígrafes 946, 963, 966...

³⁰ “Minutos de silencio.— Dejadlos para los que tienen el corazón seco.

Los católicos, hijos de Dios, hablamos con el Padre nuestro que está en los cielos” (n. 115). Cfr. otros ejemplos en los puntos 28, 914, 916...

³¹ “No estés triste.— Ten una visión más... nuestra —más cristiana— de las cosas” (n. 664). En el mismo sentido cfr. los números 480...

³² Cfr. la homilía “En el taller de José”, *Es Cristo que pasa* (Rialp, Madrid 1997), especialmente las páginas 109-115 que corresponden a los números 45-49, donde el autor glosa con profundidad estas ideas.

3. UN ESTILO CONCISO Y DIRECTO, ABIERTO A LO UNIVERSAL

Hemos hablado de la simpatía, en el sentido etimológico, es decir de la cercanía entre autor y lector, entre autor y texto y —¿por qué no decirlo?— entre el autor y Dios. El lenguaje de *Camino* es directo, fluído, teñido de autenticidad y testimonio. Por eso no puede extrañar que esa autenticidad, muy propia del romanticismo, se exprese por medio de recursos que puso de moda esa literatura, como exclamaciones, subjuntivos de deseo o imperativos...

«Confía. —Vuelve. —Invoca a la Señora y serás fiel» (n. 514).

El uso de esas formas verbales en *Camino* es prioritario, podría decirse que viene exigido por el nuevo género epistolar elíptico o fragmentario que lo configura y que es muy novedoso en la literatura religiosa de la época a pesar de no habérselo propuesto. Ha surgido como instrumento al servicio de las necesidades de los hombres. Y se combina con un estilo conciso, directo y ágil que tiene mucho que ver con algunos recursos que se acercan al estilo nominal. No quiero extenderme pero sí dejar señalada la utilización de múltiples *enumeraciones caóticas*, un recurso tan querido por poetas de la categoría del chileno Neruda o el argentino Borges y que acelera el ritmo, espoleando la capacidad de asociación del lector. Porque lo normal es que el lector tienda a identificarse con cualquiera de los interlocutores que transitan por el libro, aunque la enumeración caótica haya surgido como respuesta a una pregunta previa elidida en el texto. La *enumeración caótica* es bastante habitual en *Camino*³³:

«Comunión, unión, comunicación, confianza: Palabra, Pan, Amor» (n. 535).

En esta línea caben varios registros: por ejemplo, la *anáfora*, es decir la repetición sistemática de la primera palabra de una oración capaz de crear una atmósfera envolvente e intensa de cara al lector³⁴:

«Dolor de Amor. —Porque Él es bueno. —Porque es tu Amigo, que dio por ti su Vida. —Porque todo lo bueno que

³³ Cfr. varios puntos: 24, 58, 232, 677, 898, 973, 997...

³⁴ Cfr. los siguientes puntos a modo de ejemplo: 19, 62, 300, 331, 474, 683, 941...

tienes es suyo. —Porque le has ofendido tanto... Porque te ha perdonado... ¡Él!... ¡a ti!
Llora, hijo mío, de dolor de Amor» (n. 436).

Hay matices, desde el golpear de sinónimos³⁵, hasta las anáforas estructuradas en un *in crescendo* conceptual, como aquella que condensa todo un programa de vida: «Sé recio. —Sé viril. —Sé hombre. —Y después... sé ángel» (n. 22)³⁶. No cabe duda de que la fuerza del mensaje se apuntala en una forma escueta, muy bien elegida.

Ese lenguaje vibrante, conciso y gráfico, teñido de buen humor y con su punta de ironía, está cuajado de metáforas³⁷ y comparaciones... pero sobre todo de *paradojas*, porque paradójica es la vida del cristiano como supieron muy bien los místicos: «Paradoja: para vivir hay que morir» —dice el punto 187, lleno de resabios de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz—. Y porque mucho más que paradójico es que todo un Dios se haga hombre. Por eso cabrá decir: «Contigo, Jesús, ¡qué placentero es el dolor y qué luminosa la oscuridad!» (n. 229)³⁸.

Esperamos haber mostrado que en el caso de *Camino*, la opción por una forma nueva, esa especie de molde epistolar trunco, tuvo mucho que ver con el impacto de recepción. Si es verdad que el Espíritu sopla donde quiere, en el caso del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer se sirvió de las circunstancias inmediatas en que fue gestado el libro —su propia labor pastoral acosada por la falta de tiempo y la subsiguiente imposibilidad de plantearse escribir una obra “literaria” — para acertar con un nuevo molde. Un molde despojado de los resabios retóricos y que, como flecha certera, apunta al corazón del hombre y le coloca ante ese Dios que, amorosamente espera su respuesta desde toda una eternidad³⁹.

³⁵ Cfr. los puntos 49, 348...

³⁶ En la misma línea, n. 941...

³⁷ Cfr. los puntos 247, 248, 599...

³⁸ Ejemplos dispersos en los puntos 23, 211, 217, 282, 533, 983...

³⁹ L.F. MATEO-SECO hace una interesante reseña de Camino en su artículo “Obras de Mons. Escrivá de Balaguer y Estudios sobre el Opus Dei”, en *Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, cit., 2ª ed., pp. 470-475.